

**Pablo Gutiérrez**

---

Cabezas cortadas

---





Seix Barral Biblioteca Breve

---

**Pablo Gutiérrez**  
Cabezas cortadas

---

© Pablo Gutiérrez, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.seix-barral.es](http://www.seix-barral.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Primera edición: octubre de 2018

ISBN: 978-84-322-3411-8

Depósito legal: B. 20.625-2018

Composición: gama, sl

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

*Printed in Spain* - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

---

1. Escribo la primera frase y escribo que escribo la primera frase, si supiera dibujar no escribiría nada, dibujaría la mano que dibuja y luego la muñeca, el brazo, las rodillas que me sirven de escritorio, las mamparas de cristal reforzado, las calles de la ciudad automática. Mi cabeza es una jaula de grillos, una jaula de pensamientos-insecto, observo a los hombres oscuros e imagino sus conversaciones piadosas, hablan de Dios, hablan de dinero y hablan de mí, ninguno se sienta a mi lado porque el cuaderno de los cincuenta peniques es un puesto fronterizo, de dónde salió esa hembra tan extraña.

Cincuenta peniques: dos raciones de supervivencia, una lata de alubias y un sobre de sopa deshidratada, el cuaderno se arrojó a mis brazos buscando cobijo y yo lo apreté contra mi pecho como un pájaro herido, y ahora qué poema futurista, qué versos de enamorada me quitarán el hambre. Ningún verso: recién escribo media página y recién escribo que he escrito media pági-

---

na, y siento el alivio del enfermo cuando el calmante entra en la sangre, la sedación, el silencio de una habitación de hospital, escribo para oír el curso del bolígrafo sobre la hoja, el cuaderno es una celda de aislamiento y el autobús una lanzadera que atraviesa la galaxia mientras escribo que el autobús es una lanzadera que.

En el reflejo de la mampara puedo verme como en el agua de un arroyo: las mejillas encarnadas, la visera de los Knicks. Hay algo bueno en ti, chica sureña, hay algo jugoso que los años no borraron, podría besarte sobre el cristal como si fuera tu novio de una noche y sentiría un gramo de placer en la punta de la lengua, un gramo puro y sin cortar. Allá en el malpaís nunca fuiste capaz de quedarte sentadita como los escritores de la lite autodestructiva (una mesa, una silla, el tiempo), cualquier excusa servía para languidecer y abandonarlo todo, y en cambio mírate ahora, tan disciplinada, tan obediente, la caligrafía perfecta y la hoja limpia, tu rutina de escritura en la secuencia casa-trabajo-casa, los pasajeros dormitan en un viaje sideral y tú velas sus sueños y te guareces y escribes, escribir es un exorcismo y un cálculo de probabilidades, conjuro protector basado en matemáticas predictivas, si escribes que ocurre algo terrible entonces tal vez no ocurra, prométeme que seguirás haciéndolo aunque haya evacuaciones y alertas prioritarias, las bestias se amontonan en la orilla de la calzada, es un colapso

---

formidable, los furgones de la policía se deslizan, los helicópteros zumban, los pasajeros miran las pantallas de sus dispositivos y aguardan a que los tiradores acierten para poder volver a casa, cuando los *cops* cierran la ciudad ya no hay obligaciones, no hay horarios ni cuadrantes, en el trabajo no te preguntarán qué pasó, dónde estuviste, será un día blanco y sin sueldo pero blanco al fin y al cabo, un día disponible para desperdiciarlo dentro de tu cuarto-fortaleza, escribo para nadie y eso me hace tan feliz que quiero gritar como una lunática a bordo de esta cápsula perdida en la Vía Láctea, las tribus ya cruzaron el río y yo escribo que las tribus ya cruzaron el río y que escribo que las tribus.

2. Ding-ding, el conductor hace sonar el timbre y anuncia que el servicio ha sido cancelado, tengo que volver a pie, son doce manzanas, amanece y el frío punza en los ojos, las tiendas de granel levantan las persianas metálicas, el día comienza, huele a jengibre y a cuero como en un bazar, los bulbos de jengibre son mandrágoras, los padres llevan a sus hijos al colegio, las mandrágoras aúllan, los chicos de la esquina ocupan la marca, y de pronto, lo inesperado: documentación, tarjeta de residencia, registros aleatorios, un *checkpoint* cierra la entrada del barrio, detectores de explosivos, los agentes me miran desconcertados, qué hace aquí

---

una mujer joven y blanca, me dan el alto y yo contesto a sus preguntas sonriendo, no entienden nada, uno de ellos me acompaña hasta el final de la calle, lleva el fusil prendido del chaleco de kevlar y apoya los dedos en él como un *cowboy*, vaya con cuidado, señorita, llámenos si ve algo sospechoso, se despide de mí tocándose el casco en un gesto tan cinematográfico que tengo que mordermelos labios para contener la risa.

Señorita. Si veo algo. Podría decirle que anoche asistí a un episodio de la caza del zorro. Un apartamento tomado al asalto, una orden judicial, un coche sin insignias donde los asistentes sociales procuran calmar a los niños. De madrugada. Enfrente de la habitación donde no duermo. Pensé que se trataba de leyendas eurófobas, falsas noticias, ahora sé que es cierto. Alguien intentó saltar por una ventana, bridas en las manos, la cara contra la piedra, la bota en la nuca, ese clasicismo. Los asistentes usaban guantes de plástico. Una contingencia. Una fatalidad. No se culpe a nadie. Ni a los que huyen ni a los que persiguen. Si no me protegiera un pasaporte franco yo podría ser la siguiente víctima: llevo cuatro años en este país, hablo mal el idioma, no tengo amigos autóctonos y no siento ni odio ni indignación, nada. Guantes esterilizados como si fuera cirugía, guantes que toman a esos niños de la mano. Estoy exhausta, estoy saciada de dramas y escándalos, mis pequeñas tragedias son anécdotas comparadas con la verdadera

---

sangre y las verdaderas lágrimas de las familias oscuras, no quiero volver a oír la historia del padre que vio morir a su esposa y consiguió mantener a flote a su bebé hasta que apareció la lancha de salvamento, no quiero saber nada de las familias blancas y burguesas que acogen en sus casas a los refugiados de cualquier guerra civil, *refugees welcome*, familias que extienden sábanas limpias, que aprenden a cocinar comida *halal* y son respetuosas con las costumbres de los invitados. Tanta heroicidad y tanta bondad me empequeñecen, tanta negrura me hace morir de tristeza, a su lado mi melancolía es una migraña, soy una emigrante ridícula que proviene de un país vagamente próspero, debería darme vergüenza, el catolicismo me enseñó a compadecerme de los que sufren y a comparar mi dolor con el suyo, pero a voluntad me convertí en una mujer infame que se lamenta de que no sirve, de que su trabajo es un cepo, de que la juventud se le escapa entre los dedos.

Nadie me acuse: son los extranjeros sufrientes, son ellos quienes me hacen sentir tan miserable, ningún desierto, ninguna guerra, ninguna biografía dramática, nada. Quiero que desaparezcan, quiero que me dejen en paz con mi propia tristeza, mi tristeza mediocre y occidental pero tan verdadera como la suya.



---

3. Barrios indios, chinos, tunecinos, carnicerías tremendistas, locutorios, oficinas de Money-Gram, mezquitas de distintas facciones como baluartes de una guerra posicional que antecederá a la gran guerra contra el hombre blanco. Los observo como a ratones en un terrario, ratones que se odian con fiereza y se despedazan y arruinan la investigación, mauritanos que no soportan a los argelinos, turcos que desean la extinción de los kurdos, marroquíes que persiguen a los senegaleses, todos se odian entre ellos, todos, y todos me odian a mí, odian el cuaderno donde escribo, odian el tirante de mi sujetador cuando ya casi es verano.

Soy la perla blanca del barrio, soy la perra blanca de un barrio purificado donde las mujeres más atrevidas llevan *hiyab* y a las más cumplidoras no les distingo los ojos. Rostro pálido, qué haces aquí, se preguntaban los agentes de la brigada, también yo quiero saberlo, qué hago en el peor distrito del peor de los anillos, por qué decidí vivir entre adoradores de corderos, entre vendedores de hachís y golpeadores de sus mujeres, por qué me abarato de esta manera.

Expatriada, eso nos une: nos unen la extranjería y el dinero que nos falta, soy una quintacolumnista a quien el ojo del CCTV observa con recelo en sus *minimarkets*, la agente doble que el sábado recuenta el dinero que le sobra y compra un paquete de *baklavas* crujientes como conchas mari-

---

nas. Una mujer cubierta hasta los párpados envuelve los pastelillos, las puntas de sus dedos se mueven tan rápido como si circuncidara a un bebé.

Chica del reflejo en el arroyo, a ti puedo contártelo: sueño con amantes de miembros circuncisos que se ciñan a mí como una espada, en el autobús escondo los rizos pero al llegar al barrio me descubro, dejo que la maleza se expanda y sostengo la mirada cuando me cruzo con cualquiera de ellos. Ellos, que juegan a darme miedo, y yo, que juego a que no lo consiguen, se echarían a temblar si supieran cuánto deseo que vengan y griten en tres idiomas y me castiguen como se castiga a los homosexuales y a las mujeres impuras, los golpes sólo harían daño al principio, sería muy capaz de soportarlo si al menos se atenuara ese intenso, ese magmático olor a curri de la ropa, de las sábanas, de las paredes, de los periódicos gratuitos, de cada partícula que respiro en este barrio de mierda donde ni siquiera la polución hace bien su trabajo.

Vaya con cuidado, señorita. Seguro, señor agente, iré con mucho cuidado, yo sé lo que hago y sé las mentiras que me cuento, sujetaré el corazón negro de todos esos chicos que nunca se enamorarán de nadie.

4. Es tierno escribir a mano, un pellizco poético en el corazón de la ciudad electrónica, aprieto

---

tanto el bolígrafo que las letras se graban en el envés de la página, soy un pintor impresionista que dibuja bocetos en su cartera, sauce, fuente, goleta en el muelle, París desde Montmartre, los niños a los que una asistente tan joven introduce en el coche como pequeños delincuentes.

Guantes de plástico: no se puede escribir ni dibujar con guantes de plástico, papel, piel y bolígrafo, igual que no se puede follar con preservativo, es inhumano, es una pesadilla de ciencia ficción.

Sus rostros de desamparo desde mi ventana. Anoche. Siete, ocho años. La asistente sonreía, ¿entendéis mi idioma?, no tengáis miedo, vais a volver a casa. A casa. Oh dioses, es una guerra racial, una guerra episódica: en Woolwich un veterano de Afganistán fue degollado con palas de carnicero, en la estación de Leytonstone tres pasajeros fueron acuchillados por un hombre oscuro que recitaba los noventa y nueve nombres, en el intercambiador de King's Cross cuatro chicas de raza blanca fueron apuñaladas por un puritano que no soportaba sus gritos. Y lo mismo ocurre en las filas de los contrarios, la barbarie es unánime. Ealing: un reservista irrumpe en una madrasa del quinto anillo y vacía su automática contra los estudiantes. Hoxton: la policía detiene a un chico de la esquina en un control rutinario, lo aplastan contra el suelo y le revientan el esfínter con una defensa extensible. Golders Green:

---

un estudiante de medicina apuñala a siete oscuros que azarosamente encuentra en su camino, el agresor elige a sus víctimas, entra en un Safeway, los empleados se refugian en las cámaras frigoríficas, cuando la policía llega el agresor arroja el arma, se abraza a ellos y les da las gracias, soy de los vuestros, dice.

Los hombres oscuros. Los hombres y los chicos de corazones oscuros. Me pregunto cómo pueden enfrentarse al dolor ordinario de las licorerías polacas, de las cabinas sicalípticas, de los colegios rodeados de espinos, de los ambulatorios donde se infiltran agentes de aduanas en busca de polizontes, me pregunto cómo logran mantener la calma cuando les restregamos nuestros excesos, cuando nos ven borrachas, cuando nos ven besándonos en la boca, cuando ven el cuenco de una chica que pierde una moneda y se arrodilla para recuperarla. Resisten, *tasbihs* enrollados en sus muñecas, rezan sus oraciones y resisten, pero a veces pierden la calma, oh dioses, pierden la calma y sobrevienen esos episodios fugaces de los que hablan las noticias. Y luego la conmoción, los portavoces compungidos, la justificación de cuantas medidas sean necesarias para garantizar la integridad nacional, armamento de combate en las calles, decretos restrictivos en el parlamento, la cotización al alza de las empresas de seguridad y el silencio de los defensores de los derechos humanos, nada volverá a ser lo

---

mismo. Andad con cuidado, guionistas de la aguja hipodérmica, porque los espectadores ya mordieron el anzuelo y reclamarán un desenlace a la altura de las expectativas, el colapso definitivo, el día en el que la guerra comience a librarse a cuchilladas y haya saqueos y pequeños Guy Fawkes a la medida de cada barrio, quién no quiere eso, también los brigadistas están deseándolo, llame al teléfono de emergencias si ve algo, señorita, cualquier cosa, dijo aquel policía voluntario. Descuide, lo haré. Guantes esterilizados. Me pregunto de qué hablarían después de arrojar al chico al calabozo, quién redactaría el primer informe —el detenido se resistió, el detenido siempre se resiste—, me pregunto quién sería el encargado de limpiar de sangre y heces los instrumentos.

Hombres oscuros, chicos de la esquina: libios, egipcios, afganos, iraquíes, indonesios, razas de *Warhammer* que cruzaron el río en busca de un nuevo territorio, chacras donde engordar a sus crías monstruosas. Sufro una nostalgia letal, añoro cuanto no sea este cuarto, este barrio, esta ciudad, añoro la simplicidad de mis quince años, el tiempo en el que bastaba un libro de sociales para comprender lo que ocurría, mapas ilustrados, cuadros sinópticos, el dibujo de una espiga y una fábrica, así era el mundo cuando nada se movía de su sitio. Yugoslavia, la URSS, el Pacto de Varsovia, la Comunidad del Carbón y del Acero. La infancia y sus parcelas, países con fron-

---

teras inexpugnables que servían para competir en los mundiales de fútbol y para distinguir sus banderas en el anexo de un diccionario. Los pobres eran pobres para siempre. Etiopía, 1984. Y los enemigos eran indudables. El capitalista despiadado. Patrick Bateman, de *American Psycho*. El terrorista sin sentimientos. Abdel al-Megrahi, de *El avión de Lockerbie*. Pasamontañas, Parabellum, bomba adhesiva. Traje de tres piezas, gel fijador, cocaína. Y de vez en cuando, una ruptura del orden: Ali Ağca dispara el cargador de una Browning en la plaza de San Pedro, las manos milagrosas del Espíritu Santo detienen la hemorragia, el papa está fuera de peligro, quiere conocerlo, lo visita en su celda y perdona sus pecados, pero cuando Ağca sale de la cárcel hincha su pecho como una paloma y proclama que sólo existe un dios, que su nombre es Alá y que todo será destruido: eso dijo el viejo lobo gris de la conspiración turca después de estar encerrado durante treinta años, treinta, y yo siento que se me encoge el corazón y pienso que ojalá mis convicciones fueran tan férreas, ojalá pudiera albergar un mismo pensamiento durante tanto tiempo, un pensamiento fortalecido por el odio y el rencor espiritual, pensamiento-mamífero, pero sólo soy una niña asustada que escribe con buena letra y que cambia de idea en cada párrafo, niña vieja que se muere de nostalgia porque el nuevo mundo es complejo y las fronteras son

---

agujeros de gusano, y la niñita no entiende nada, la niñita quiere volver a su libro de sociales, la niñita no puede evitar que el *muyahidin* que se hace volar en un restaurante provoque en ella cierto arrobo, la lúgubre excitación de una mujer que se engolosina imaginando un cuerpo roto en pedazos como una vidriera.

Qué hice mal, qué mal hicieron conmigo, qué pieza no funciona dentro de mi cabeza-jaula-de-grillos. Guardo todo mi desprecio para los hombres comunes, para los *commuters* que se dejan arrastrar al trabajo o al nadaquehacer sin oponer resistencia, sus pequeños sueldos, sus pólizas contra incendios, sus cuotas de la seguridad social. Mi verdadera acción subversiva fue convertirme en la perla blanca de un gueto purificado, mi rebelión fue mudarme a esta ciénaga sin que nada justifique qué hago tan lejos de mi casa, tan lejos de mis padres y de mi país, como si hubiera ocurrido algo muy severo e irremediable que me impidiera regresar.

Chica del reflejo, escúchame: tus padres, ellos fueron los culpables de todo, los culpables de que te convirtieras en una mujer que piensa demasiado y se lamenta de que está sola y echaría a patadas a quien intentara acercarse, *it's always been the same old story*, acabé tan cansada de sus consejos y sus opiniones sentenciosas, *from the moment I could talk I was ordered to listen*, mis padres infalibles, *now there's a way and I know that I have to*

---

*go away*, mis padres y Cat Stevens y la anacronía, mirad qué escoria, mirad qué hembra rara y mestiza se asoma a la mampara del autobús, habría que arrancarle ese cuaderno de las manos.

5. Algo muy severo e irremediable: es el cantar del destierro, qué hago tan lejos de casa, tan lejos de papá y mamá. Nadie quiere a nadie como tú en ningún despacho, ninguna cuenta bancaria, tu oficio ni siquiera existe en el país del cortocircuito económico, ¿no cumpliste con lo que te dijeron, no fuiste obediente, no demostraste tu creatividad y tus conocimientos sin intentar parecer la primera de la clase? La pulcritud de tus apuntes, la delicadeza con la que escribías tu nombre en las solicitudes de admisión de los cursos de posgrado, dos años de tregua y excusa antes de enfrentarte al duelo de los adultos, cuántas horas tecleando tus ensayos, tus ponencias de estudiante aventajada, tus cartas rogatorias detrás de una beca en aquella institución, aquel museo, nada. Había otros como yo, había muchos, en cada conversación nos convencíamos de lo mismo, éramos las víctimas del talento y de la ferocidad de un malpaís que te decía es mejor que te vayas, como un padre borracho que te echa a golpes de tu propia casa, qué otra cosa nos queda sino Europa. Europa. Mis padres (no-borrachos, no-brutales) jamás habrían aceptado que su hijita trabajara en tiendas de ropa o en cafeterías, su



---

hijita de tanto esfuerzo y tan buenas notas, les dije que quería aprender el idioma, cambiar de aires.

Fue la felicidad de la extranjería y de los compatriotas, los alquileres compartidos, las fiestas precarias, la pequeñez que sentíamos frente a la ciudad inmensa y brillante, así fue al principio. Una noche me vi sentada en el suelo bebiendo y hablando con chicos de tres nacionalidades, todos más jóvenes que yo, y pensé que estaba bien, que sería nuestra pequeña contienda generacional, una Gran Depresión a escala reducida, música británica y sexo europeo. Ser pobre en un país verde y utilitarista no parecía lo mismo que serlo en el viejo país-cuadra, en el país del páramo, la meseta y las áreas de servicio a pie de carretera. Meses de expansión y de amor fugaz, fui amable, recibí algunas caricias y muchas invitaciones, no todas aceptadas. Recuerdo una fiesta prohibida a la que me llevaron de la mano, para despistar a la policía debíamos seguir unas complicadas instrucciones, nos dijeron que buscáramos la pegatina de un cuervo en una cabina de teléfono, junto a la pegatina aparecería un número que conectaba con un contestador automático donde escucharíamos las indicaciones para llegar a un viejo edificio de oficinas. Bajamos por la rampa de lo que debió de ser un garaje para ejecutivos, en los extremos había un mercadeo de mesas plegables donde nos ofrecieron MDMA con descaro, la

---

música sacudía, los haces de luz cortaban en dos nuestros cuerpos, vi cosas extraordinarias, vi a una chica muy hermosa vestida de agente de las SS, vi a parejas amándose en los despachos devastados de las plantas superiores, vi a un chico negro cubierto de sudor como un purasangre, y fui feliz en medio de aquella locura *hardcore* que no me pertenecía, feliz de formar parte de un submundo intenso y ajeno, como una niña de excursión que juega a los aventureros y se relame de sentimientos épicos, no vas a creer lo que me ha pasado.

Pero todo cambió, todo es distinto ahora, la juventud se extingue como una llamita que sostengo entre las manos, las fiestas precarias no volvieron, y el país verde y utilitarista se convirtió en otro páramo, un páramo de avenidas radiales y horrible periferia pero no tan diferente del malpaís que nos hubo expulsado. Los *commuters*. Al principio los observaba en el metro y me compadecía de sus ojos cansados, la mirada fija en los anuncios de Kuoni, los trajes y las corbatas compradas en French Connection, las mochilas escolares al hombro, imaginaba sus largas jornadas en las oficinas de una aseguradora o en el estamento más humilde de una agencia de inversiones, quería acercarme a ellos y llorar a su lado y convertirme en su novia y decirles que algún día viajaríamos juntos al paraíso tropical de Kuoni, las grandes panorámicas exhibidas en to-

---

das las estaciones del metro, un lugar maravilloso con arena dorada y aguas transparentes, atolones de coral, cascadas que desembocan en un océano púrpura, tan lejos del frío y la grisura de Europa. Cero en geografía. Kuoni no era ningún archipiélago de las Islas Vírgenes sino una agencia de viajes, y yo tan estúpida que ni siquiera entendía el doble sentido de un anuncio para analfabetos.

Sureñita del reflejo, éste es mi cantar del desierto, algunos tendrán historias nobles de persecuciones, verdaderos exilios, verdaderas guerras civiles y condenas a muerte, pero yo no vine huyendo de ninguna cosa, ninguna, lo hice porque pasaban los años y nada ocurría, ni trabajo ni aventura, nada, y quise volver atrás, quise fingir que el siglo no había concluido y tampoco mis veinte años. El invierno ya dura demasiado, el largo invierno del final de la juventud donde todo se postergaba, los días son cada vez más largos, los osos polares comienzan a despertarse, y lo harán hambrientos.

No soy yo quien escribe, médium: los dedos se mueven solos, veo con otros ojos, alguien arrancó los míos e insertó unos nuevos, y son esos ojos los que obligan a mi mano, y es mi mano la que se resiente.

Duele. Duelen los dedos y duele el recuerdo, qué cosa soy, si alienígena o comadreja, una chica que piensa a borbotones y habla muy poco, en el trabajo me dicen *little dumb girl*, la mudita, y yo

---

sonrío porque no saben nada de mí, si se asomaran a lo que pienso correrían despavoridos. En este idioma bárbaro no soy capaz de decir más que frases ejemplares, saludo, sonrío, deseo que todo el mundo tenga un buen día y me despido, y cuando el autobús arranca y comienzo a escribir siento que el dique se rompe, y las palabras se vuelcan como una pequeña Ana Frank que inventara un escenario donde sufrir mucho y tener excusas para garabatear medio cuaderno, y luego caminar y sentir envidia de la felicidad y de la belleza de los otros, y no ser capaz de soportar que cada brizna siga en el mismo sitio cuando cierres el punto de esta frase, no ser capaz de soportarlo.

Hace tres años que no leo ninguna cosa, ni poema ni novela, nada. Limpia, estoy limpia y rehabilitada también de eso. Cuando recién llegué quise leer en la lengua del hombre blanco, busqué en las librerías de usados a mis autores favoritos, saldos de exquisita lite en cajones de frutas. Compré las mejores novelas con entusiasmo pero al volver la página me di cuenta de que no era capaz de beber dos párrafos sin que me estallara la cabeza, nunca he sido buena en los idiomas. Las novelas, las gigantescas novelas que había amado fueron escritas para los lectores blancos que conversan en el mostrador haciendo que yo parezca negra e ignorante, en qué me convertiré sin libros en las manos, siempre los tuve, uno sucedía al otro, no había nada tan triste como terminar

---

una novela y que la siguiente no estuviera esperando como un soldado de reemplazo. Leer era una deuda contraída con la especie, la condición humana, una exigencia que me transmitió mi padre y que yo mastiqué como una idiota, fue así incluso durante los años duros, en el tiempo de Marieta y de la adolescencia, el tiempo de los novios y de las borracheras infantiles.

Terapia sustitutiva: mi única lectura es el periódico gratuito que reparten en el intercambiador de autobuses, diez páginas, tres de deportes, una princesa en bikini. Pero los libros siguen ahí como sombras indeseables, sombras que me acompañan y me reprimen, ojalá nunca hubiera leído ninguna cosa, ojalá hubiera tenido unos padres convencionales que hubieran hecho de mí una chica como las demás, como las bobas del instituto, como las pretenciosas de la universidad, como Marieta-niñata, que ya se habrá divorciado y buscará sexo hostil de treinta años y contratará a una canguro para salir esta noche y follará en la furgoneta de un surfista como si el tiempo no hubiera pasado, exacto, como si no hubiera pasado el tiempo salvo por la cicatriz de la cesárea y el llanto de un niño que te despierta poco después de que te hayas metido en la cama oliendo a sudor de otro.

En el periódico-pasto, un artículo sobre la linda Marion Maréchal, la nueva estatuilla del neofascismo francés: rubita, más o menos de mi edad, esa expresión severa de las chicas de clase

---

alta, la nariz en ángulo, el cabello de artificio, blusa de oficinista, la delicadeza con la que dice que los extranjeros son bienvenidos si traen talento y riqueza, no es una cacería contra los musulmanes, dice, tampoco serán bienvenidos los católicos que no puedan mantenerse a sí mismos, y yo leo sus palabras y siento que la bella Marion habla de mí y me anuncia que ya es hora de regresar. Regresar adónde, pregunto. A casa, diría ella. Y yo volvería a preguntar adónde, y sentiría el tacto de sus guantes de plástico sobre mis muñecas. Francesa y católica, siento un pellizco en el lugar inapropiado. La rubita tiene razón: debería encerrarme en mi cuarto y dejarme morir de aburrimiento, ya no sería un estorbo ni un gasto para nadie, ni siquiera sería necesario que repatriaran mi cadáver, podrían trocearme y hacer conmigo un curri benéfico, los chicos se encargarían de repartir las raciones.

Todo, los hombres oscuros lo estropearon todo, los hombres de corazón negro que comparten conmigo su rencor religioso, los que no aprecian la armonía de los jardines continentales, la programación de invierno del teatro nacional, los restaurantes vegetarianos, los que desean cuevas, ranchos y patios enlosados, los que no se compadecen de las niñas que sufren pequeñas angustias indefinibles, ni de las mujeres misántropas, ni de las chicas invisibles guarecidas debajo de viseras de los Knicks. Pienso en Marion, no puedo qui-

---

tármela de la cabeza, pienso en lo que diría de mí si me conociera, ¿veis a esta pobre chica?, no necesitó atravesar ninguna frontera clandestina, creyó que Europa era un pastel del que podría comer con las manos y luego se dio cuenta de que apenas servía para limpiar mesas y servir cafés, una esclava del sur, una mujercita con ansias de cosmopolitismo que debió quedarse donde estaba y venir de visita cuando pudiera pagar un hotel y una cena en un restaurante. Al menos haces bien, me diría tomando mi barbilla con sus dedos de seda, haces bien viviendo en el barrio de mierda en el que vives, así sabremos dónde encontrarte cuando comience la evacuación. Y las dos rezaríamos un avemaría por la salvación de mi alma. Con verdadera fe y solidaridad interracial.

Marion odia intensamente a los hombres oscuros, y yo quiero fingir que pertenecemos a la misma raza y por eso finjo que también los odio, que los odio tanto como los amo, y alimento mi cuaderno como una pequeña mascota y salgo del barrio-pudridero y subo al autobús y viajo al centro de la ciudad para recuperar esas moléculas de belleza blanca y metropolitana, esa belleza estrangulada por las *hariras* y los *keftas* servidos en bandejas de aluminio, la belleza de una ciudad europea que huele a diésel pero no a curtiduría. Lo hago por ti, linda Marion, la expedición de esta noche es un juramento de vasallaje.